

Una zoología monstruosa: los leones del *Palmerín de Olivia*

LUCÍA ORSANIC

Universidad Católica Argentina

The lion will not touch the true prince.
—William Shakespeare, *Henry IV*—

Resumen: A simple vista, la zoología monstruosa podría verse como una fauna de carácter real, en oposición a otros seres que evidencian su monstruosidad. Sin embargo, bajo ese manto aparente de realismo, se esconde el principio mágico que ha movido a esos animales a un desplazamiento de la más pura realidad a la otredad monstruosa, sea a causa de la metamorfosis, de las profecías o de cualquier otro elemento que no se corresponda directamente con su naturaleza animal, sino que provenga de un principio exterior —la magia— o interior —su propia naturaleza monstruosa/prodigiosa—. Es el caso de los leones del *Palmerín de Olivia* (Salamanca, Juan de Porras, 1511), que debe enfrentar el héroe en tierras de moros.

Palabras clave: zoología monstruosa – leones – *Palmerín de Olivia* – mundo moro – otredad.

Abstract: At first sight, monster zoology could be seen as real fauna, as opposed to other beings whose monstrosity is evident. However, under the veil of apparent realism hides the magic principle which has made those animals move from the most pure reality to the monstrous otherness. This can be due to metamorphosis, prophecies or any other element which does not directly match their animal nature, but which comes from an external principle —magic— or an internal principle —their own monstrous/prodigious nature. This is the case of lions confronted by the hero in Moorish lands in *Palmerín de Oliva* (Salamanca, Juan de Porras, 1511).

Keywords: monster zoology – lions – *Palmerín de Oliva* – Moorish world – otherness.

1. Hacia una idea de la *zoología monstruosa*

Consideramos la *zoología monstruosa* como una suerte de puente entre lo meramente zoológico y lo monstruoso. La zoología monstruosa está formada por animales que no llegan a ser monstruos propiamente dichos ni encarnan necesariamente la fealdad como traducción simbólica del mal. No obstante, tampoco son animales ordinarios sino que están dotados de cualidades especiales, que los colocan en un grado superior a cualquier otra especie del reino animal. A simple vista, podrían verse como una fauna de carácter real, en oposición a otros seres que evidencian su monstruosidad. Sin embargo, bajo ese manto aparente de realismo, se esconde el principio mágico que ha movido a esos animales a un desplazamiento de la más pura realidad a la otredad monstruosa, sea a causa de la metamorfosis, de las profecías o de cualquier otro elemento que no se corresponda directamente con su naturaleza animal, sino que provenga de un principio exterior —la magia— o interior —su propia naturaleza monstruosa/prodigiosa—.

2. El mundo oriental o Palmerín como foco de otredad

El episodio de los leones corresponde a una serie de aventuras que Palmerín tiene en el mundo moro, al que llega por accidente y, en esta ocasión, solo. Su entrada en el mundo oriental ocurre a través de un típico procedimiento de los libros de caballerías, el entrelazamiento, vale decir, la técnica narrativa mediante la cual el autor procura presentar hechos de temporalidad simultánea. El héroe ha salido de caza y, en esas instancias, sus amigos han sido capturados, Agriola llevada como esposa para el Gran Soldán y Trineo, a causa de su mala ventura, acaba en la isla de Malfado convertido en perro. El autor debe entrelazar, entonces, tres historias diversas: la de Agriola resistiéndose al Gran Soldán para ser fiel a su esposo, la de Trineo en la isla y la de Palmerín en tierra mora. A su turno, el lector conocerá la suerte de la cada uno de los personajes. Ahora, a nosotros nos interesa detenernos en el héroe, que ha salido de caza, y a su regreso encuentra vacío el puerto donde había dejado la nave y a sus compañeros. Palmerín sale a buscarlos y se encuentra con un caballero moro que, al percatarse de su condición de cristiano, decide tomarlo como prisionero, pero nuestro héroe le da muerte con prontitud. Lo que sucede a continuación da pie para las grandes aventuras que se narrarán en territorio oriental: “Allí fue la cuyta muy grande; e porque no sabía hablar el algaravía, aunque algo entendía, acordó de fazerse mudo e jamás fablar porque no conociessen que era cristiano y ansí se podría mejor librar. E tomó una ropa que aquel moro que mató traía e vistióla e dexó la suya” (PO, LXXVII: 165). Este primer signo, en cuanto a códigos semióticos se refiere, resulta fundamental, pues Palmerín advierte que está en territorio moro y toma las ropas del hombre al que ha dado muerte para pasar por uno de ellos. Ha superado así la apariencia pero

resta aún el código lingüístico, y entonces decide hacerse pasar por mudo. La coartada del caballero es perfecta y prueba de ello será su éxito a lo largo de una serie de capítulos, antes de que alguien descubra su condición cristiana. Del mismo modo, este hecho revela la astucia del héroe, propia de todo caballero andante, en quien la fuerza física no lo es todo para salir airoso de las aventuras.

Que Palmerín asuma los códigos del mundo moro implica un paso hacia un espacio que antes le era completamente ajeno. El héroe asume la alteridad y, en el contexto del universo musulmán, procura encubrirse para ser uno más, porque ahora es él mismo quien encarna la otredad. Él es el cristiano en tierra de musulmanes, él es el extranjero, él es el “otro”, que ahora representa la alteridad propia de lo monstruoso.

3. Un bautismo moro: el combate con los leones en territorio musulmán

Palmerín está dormido cuando lo sorprenden unos caballeros moros del Soldán de Babilonia, a quienes mata para luego ofrecerse al servicio de Alquidiana, la hija del Soldán. Ella lo conduce a la corte de su padre y suplica por Palmerín, pero el Soldán ya ha prometido a los familiares de los muertos arrojar al caballero mudo a los leones para vengarlos, y no puede faltar a su palabra.

Muchos cavalleros fueron a ver qué farían los leones quando lo viesén [a Palmerín], porque avía en el corral bien quinze e los más d’ellos coronados. Palmerín yva sin ningún miedo. El leonero abrió la puerta, que aún no les avía dado de comer. Palmerín entró dentro e cerró la puerta tras sí y estuvo quedo por ver qué farían los leones. E sabed que *todos los leones coronados que allí estavan no se curaron d’él porque conocieron ser de sangre real*, mas avía entr’ellos tres leones pardos que eran muy crueles a maravilla e como lo vieron levantáronse muy apriessa e viniéronse para él. El leonero le dio bozes que se saliesse; él no lo quiso fazer e echó el manto en el braço e sacó su ’spada e firió al primero que a él se llegó, de tal ferida que no se menó más, mas antes cayó muerto. Los otros dos rompiéronle todo el manto con las uñas mas él los paró tales en poca de ora que poco le pudieron empecer. Él, desque los ovo muerto, vínose a la puerta e abrióla e salió fuera. [...] *Devía de venir de alto linaje pues los leones coronados no le avían querido fazer mal* (PO, LXXIX: 168. El subrayado es nuestro).

Esta es la primera aventura de Palmerín en el reino moro, por lo que, de algún modo, funciona como un refuerzo iniciático: lo que fue la serpiente en el universo cristiano, lo son ahora los leones en el universo musulmán. Es, por tanto, una doble prueba para nuestro héroe, pues vence a los leones pero además lo hace en territorio enemigo, lo que constituye un refuerzo de la hazaña propiamente dicha. Precisamente por esta razón, es necesario estudiar al león en el contexto árabe. No son útiles, por tanto,

las observaciones del *Fisiólogo* ni del *Bestiario de Cristo* de Charbonneau-Lassay ni selección de Malaxecheverría, pues ven en el león fundamentalmente una imagen crística, es decir, propia de la tradición cristiana (*Fisiólogo*, I: 39-40; Charbonneau-Lassay, 1997: I, 35-53; Malaxecheverría, 1986: 23-28). La *Historia de los animales* de Claudio Eliano, en cambio, recoge la imagen de los leones en relación con los árabes y es, por tanto, la fuente más acertada para el análisis de este episodio:

El león hace camino junto con los árabes y toma agua de los mismos manantiales. También me han dicho que los leones se introducen en las viviendas de los árabes, si no disponen de caza y el hambre los hostiga. Si por acaso el dueño de casa está presente, se enfrenta con la fiera y la ahuyenta con decisión. Pero si el amo está fuera, su mujer, al verse sorprendida a solas, profiere frases que hacen que el león se ruborice, se mantenga apartado; así le templó el ánimo feroz, lo induce a controlarse y a no permitir que el hambre lo ciegue de ira. Al parecer el león es capaz de comprender el lenguaje de los árabes. [...]. La mujer hace uso de estos halagos y la fiera, como si hubiera sido alcanzada en pleno corazón, ahogada de vergüenza, se va a paso lento, con la cabeza caída, apesadumbrada por esas palabras tan justas. Si sabemos que caballos y perros, cuando son amenazados entre los hombres, captan el sentido y se asustan, no me parece sorprendente que los árabes, que nacen y viven entre leones, sean capaces de hacerse obedecer por estas fieras. Porque estas gentes aseguran que los cachorros de león comen lo mismo que sus propios hijos, comparten con éstos sus yacijas y juegan bajo el mismo techo. Por tanto, no se dirá que es increíble o raro que los animales aprendan de los pequeños la lengua de éstos (Claudio Eliano, *Historia de los animales*, III, i: 87-88).

Hay aquí algunos puntos que quisiéramos destacar. En primer lugar, el autor sostiene que los árabes “nacen y viven entre leones” y asemeja sus niños pequeños a los cachorros de león, en cuanto al alimento y al lenguaje. Para Claudio Eliano, aunque los leones carezcan de la palabra humana, pueden sin embargo comprenderla, porque se han criado entre los hombres. Asimismo, la imagen de la mujer merece ser notada puesto que, mientras que el hombre se enfrenta cuerpo a cuerpo con la fiera, la mujer, en cambio, acude a la palabra halagüeña. Esto confirma que los procedimientos femeninos son radicalmente distintos de los masculinos, porque se sirven —dada la ausencia de la fuerza física— de la retórica, del engaño, del histrionismo. En este sentido, las mujeres árabes se colocan en una posición similar a las cristianas, tanto las numerosas doncellas engañadoras que vemos aparecer en los libros de caballerías como las que, sin ser de suyo engañadoras —en un sentido que afecte intencional y negativamente al héroe—, se sirven de estos artificios verbales para salir airoso de ciertas situaciones. En otros segmentos de la obra, Claudio Eliano se refiere a la memoria de los leones, así como también a su inserción en la categoría de las divinidades en el mundo egipcio (Claudio Eliano, *Historia de los animales*, VII, xlviii: 152-153 y XII, vii: 216-218).

Por otra parte, Alan Deyermond establece una diferencia entre los animales míticos, que alcanzan su existencia a partir de los bestiarios (el unicornio, el grifo, la sirena, el fénix, etc.), y los animales que “se ven cada día en la calle o en el campo” (el perro, el gallo, el caballo, el cordero, etc.). Pero en medio de estos dos extremos, sostiene Deyermond, está precisamente el león, que, sin ser un animal mítico sino de existencia real, no era visto como algo cotidiano en la Europa medieval, aunque todo el mundo sabía que era el rey de los animales (Deyermond, 2007: 46). De esto da cuenta también Covarrubias, cuando dice del león que es “conocido universalmente, *o vivo o pintado*, aunque suelen decir, que no es el león tan bravo como le pintan” (Covarrubias, 2006: 521. El subrayado es nuestro). Ambos autores se detienen en el exotismo propio del animal, puesto que, si bien se lo conoce universalmente, muchas veces es un conocimiento indirecto y, por tanto, la imagen que se forma de él no es la propia sino que se construye a partir de la que ya han forjado otros, o bien artistas plásticos o bien escritores.

Desde la mitocrítica, el león constituye un isomorfo de lobo, que representa el animal feroz por excelencia. Así como, entre los símbolos teriomorfos, lo esencial del ave es el ala (como imagen-metonimia del vuelo), lo esencial del león son las fauces (como imagen-sinécdoque del arquetipo devorador). Al decir de Durand, “se trata exclusivamente de las fauces armadas de dientes acerados, lista para triturar y morder, y no de simple boca engullidora y chupadora que [...], en cambio, es la exacta inversión del presente arquetipo” (Durand, 2006: 88).

Pero la cuestión que nos compete para el análisis del episodio palmeriniano sobre los leones es específicamente el tópico del león reverente, que no proviene de los bestiarios sino de la tradición medieval, que tomó la imagen del león en relación con el símbolo del rey (Burke, 1989: 135). Miguel Garci-Gómez, define al león reverente como “el león que se muestra civilizado, medido, humilde, zalamero, avergonzado, etc., en presencia de un personaje extraordinario, en acatamiento y testimonio de su carisma, numen, gracia, virtud o cualidad sobrehumana, divina”. Es un combate que se opone al que emplea la fuerza para dominar a la fiera, que pone de manifiesto un dominio alejado de la barbarie primitiva, que ve en el león una “virtualidad alegórica [...] que por propia inspiración, deponía su fiereza y obedecía al hombre” (Garci-Gómez, 1975: 255-284). En lo que concierne a los relatos bíblicos, el episodio más célebre es el de “Daniel en el foso de los leones” (Dan. 6, 20-26). En el caso de las hagiografías, el tópico del león reverente se repite de forma frecuente, cuando el cristiano es arrojado a los leones a causa de su fe. Sostiene Garci-Gómez que “casi todas estas narraciones siguen un patrón común [...]: desobediencia (enemistad) del cristiano al emperador, que le ordena sacrificar a los dioses; aspecto aterrador del león; actitud reverente del animal hacia el santo; asombro de los espectadores; interpretación del hecho como testimonio del carisma (poder de Dios)” (Garci-Gómez, 1975: 262).

El rasgo más repetido para describir el tópico del león reverente es siempre la humillación de la fiera hacia el hombre (o el dios) frente al que se encuentra, al que reconocen como alguien superior, sea por alcurnia, sea por virtud, sea por santidad.

Interesante es la revisión que sobre este tema hace Axayácatl Campos García Rojas, quien plantea las imágenes zoomórficas del *Palmerín de Olivia* a partir de la domesticación. El autor parte de la polaridad entre los seres *mansuetos* y *mansuefactos*, de acuerdo con la distinción que hace Covarrubias: “Hay animales de su naturaleza mansos y otros bravos, que los amansan; a los unos decimos mansuetos y a los otros mansuefactos” (Covarrubias, *apud* Campos García Rojas, 2010: 269). De modo tal que los animales salvajes quedan sujetos o no a la condición de domesticación y esto es precisamente lo que señala la diferencia entre ambos grupos: los que naturalmente son mansos y los que, sin ser de suyo mansos, pueden ser amansados; los dos tipos podrán comportarse oportunamente como mascotas. De otro lado, están los animales o monstruos bravos que permanecerán en un estado salvaje, como por ejemplo el Endriago amadisiano. El crítico señala que la leona que amamanta al niño Esplandián, en el *Amadís de Gaula*, “podría ser el primer antecedente de animales domésticos o mansos en la narrativa caballeresca; se trata de una leona reverente o mansuefacta por voluntad divina. La leona es prácticamente la mascota del niño, que juega con él y lo protege” (Campos García Rojas, 2010: 268-289).

Resta solo hacer una distinción entre los tipos de leones que enfrenta Palmerín. El narrador habla de *leones coronados* y *leones pardos*. Esta clasificación no se corresponde con la de Isidoro de Sevilla¹, que es más bien del tipo físico, sino con la esencia propia de cada uno de ellos. Tampoco los bestiarios dejan por sentado esta división, por lo que creemos plausible hacer una interpretación del episodio, de acuerdo con los señalamientos simbólicos de sus componentes, esto es: el león, la corona y el color pardo. Ya nos hemos referido al animal previamente y aquí sólo quisiéramos poner el acento, una vez más, en el poder y en la justicia que su imagen implica. “Como [...] en el trono de Salomón, de los reyes de Francia o el de los obispos medievales, [el león] es símbolo de *Cristo juez*” (Chevalier, 1986: 637. El subrayado es nuestro). Si el león encarna de suyo el poder, la corona actúa como una imagen que especifica dicho poder como regío. Siguiendo la idea planteada por Jean Chevalier, sobre el Cristo juez, quisiéramos traer a colación las formas posibles de justicia en el contexto

¹ “Hay tres clases de leones. Unos son pequeños, de cabellera crespa y de índole mansa; otros son grandes, de cabellera corta y fieros; su ánimo se ve en la frente y en la cola, su poder en el pecho, su firmeza en la cabeza; rodeado por los cazadores, miran la tierra para no atemorizarse a la vista de las armas; temen el estrépito de los carros de caza, pero aun todavía más temen el fuego. Cuando duermen, tienen los ojos abiertos; cuando andan, con la cola borran sus huellas para que no los encuentre el cazador. Cuando tienen un hijo duerme el cachorro tres días y tres noches, pasados los cuales despierta con sus rugidos. El león es benigno para el hombre, y la presencia de éste, a menos que esté herido, no le enfurece. Su misericordia está patente con muchos ejemplos: perdona a los caídos, deja que se marchen sus cautivos y no ataca al hombre sino cuando tiene mucha hambre” (Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, XII, ii: 291-292).

que supone la redacción del *Palmerín de Olivia*. Sabemos que el ajusticiamiento logrado a través de la venganza por mano propia, heredado de los antiguos germanos, ha desaparecido ya en esta instancia para dar pie a la justicia legal, que viene de mano del rey. No obstante, persisten aún en el *Palmerín* imágenes mixtas de ambos tipos de justicia, donde vemos por un lado, los enfrentamientos armados y la lucha en el campo de batalla con valor de ordalía o juicio de Dios, que con frecuencia acaban en la muerte del antagonista, y por otro lado, la justicia que emana del rey. Claro que, en los libros de caballerías, es el héroe quien lleva a cabo la justicia y restaura el orden cósmico y no el rey, mas siempre actúa en su nombre. Ahora bien, Palmerín es arrojado a un foso donde hay dos tipos de leones, unos lo enfrentan y otros se le humillan, siguiendo el tópico del león reverente que se ha analizado hasta aquí. Los primeros son los que el narrador califica de “pardos”, vale decir, “un color que se sitúa entre el rojizo y el negro, pero que tiende al negro. [...] Es la degradación y el mal casamiento de los colores puros” (Chevalier, 1986: 803). Los segundos son, en cambio, los “coronados”. Creemos que los pardos representan el nivel más bajo, ligado con lo terreno, precisamente, acorde con la degradación a la que hace referencia Chevalier. Mientras que los coronados, en su dimensión de poder, manifestada a través de la imagen de la corona, son quienes realmente reconocen a Palmerín como gran caballero, precisamente por su condición de jueces. Son ellos quienes deciden lo mucho que vale el héroe y lo demuestran a los ojos del pueblo árabe, rindiéndole pleitesía, humillándosele, avergonzándose ante él porque “conocieron ser de sangre real”, como se narra en el texto palmeriniano. Así como ellos poseen la corona que los distingue de la otra clase de leones, saben leer en Palmerín su misma majestad o, mejor aún, una majestad que es incluso superior a la suya propia. En este episodio, el papel del juez está representado por los leones coronados, que desplazan al Gran Soldán o, más bien, actúan como los intermediarios cuasi divinos, que le hacen saber la condición de Palmerín.

4. Conclusiones

Los animales han sido siempre foco de interés en diversas culturas, épocas y sociedades, y la Edad Media no es ajena a la tradición zoológica. Los bestiarios y las historias naturales han sabido plasmar, al lado de las artes plásticas y el tradicionalismo, la monstruosidad zoológica. Tal es el caso de los leones, como hasta aquí hemos visto, animales a medio camino entre la maravilla y la realidad, que distan de significado entre el mundo cristiano y el moro pero a su vez conservan ciertos rasgos propios de su entidad. El tópico del león reverente responde a esta unidad cultural como una de las pruebas del héroe, que Palmerín supera victorioso, una vez más, en territorio moro, ganándose la amistad de sus potenciales enemigos y dando muestra de la unidad que subyace en la diversidad, un ejemplo cabal de integración de la alteridad.

5. Bibliografía citada

Bibliografía primaria

- [*Palmerín de Olivia*] *El libro del famoso e muy esforçado cavallero Palmerín de Olivia* [1511] (2004). Introducción de Ma. Carmen Marín Pina; edición y apéndices de Giuseppe di Stefano; colaboración de Daniela Pierucci. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- ELIANO, Claudio, (1985), *Historia de los animales*. Buenos Aires, Hyspamérica. Vol. I, II.
- El Fisiólogo. Bestiario Medieval* (1971). Traducido por Mariano Ayerra Redín y Nilda Guglielmi. Introducción y notas de Nilda Guglielmi. Buenos Aires, Eudeba.
- ISIDORO DE SEVILLA, (1993), “Libro XII, De los animales”, en *Etimologías*. Madrid, BAC.
- La Santa Biblia* (1978), Traducida de los textos originales en equipo bajo la dirección del Dr. Evaristo Martín Nieto. Madrid, Paulinas.
- MALACHEVERRÍA, Ignacio (ed.), (1986), *Bestiario medieval*. Madrid, Siruela.

Bibliografía secundaria

- BURKE, James (1992), “La lógica de la imagen animal en el *Cantar del Mio Cid*”, *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Barcelona 21-26 de agosto de 1989. Coord. por Antonio Vilanova, Vol. 1, pp. 133-138.
- CAMPOS GARCÍA ROJAS, Axayácatl (2010), “Domesticación y mascotas en los libros de caballerías hispánicos”, *eHumanista*, 16, pp. 268-289.
- CHARBONNEAU-LASSAY (1997), *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y en la Edad Media*. Barcelona, Edit. José J. De Olañeta. Vol. I, II.
- CHEVALIER, Jean (1986), *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder.
- COVARRUBIAS, Sebastián de (2006), *Tesoro de la lengua castellana o española*. Edición integral e ilustrada de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid, Iberoamericana.
- DEYERMOND, Alan (2007), “Leones y tigres en la literatura medieval castellana”, *Actas del XI congreso internacional de la AHLM*, León, Universidad, pp. 41-63.
- DURAND, Gilbert (2006), *Las estructuras antropológicas del imaginario: introducción a la arquetipología general*, México, FCE.
- GARCÍ GOMEZ, Miguel (1972), “La tradición del león reverente. Glosas para los episodios en *Mío Cid*, *Palmerín de Oliva*, *Don Quijote* y otros”, *Kentucky Romance Quarterly*, 19, pp. 255-284.